

emponzoñado de una flor, así también hace descender el bien y la verdad hasta en la corrupción de la verdad. Entre los protestantes hay católicos, como entre los católicos hay protestantes, es decir, en una y otra parte hombres que siguen un principio contradictorio al de su fe exterior y confesada. Pero no por eso deja de ser el protestantismo el gran camino de la incredulidad y de la superstición, como es el catolicismo el camino real de una fe tan racional como profunda.

En el próximo Sermon fijaré este último punto que nos resta que probar. Os demostraré la doctrina católica tan fuerte contra la superstición como contra la incredulidad, asegurando nuestro espíritu contra la duda, libertándole del delirio, llamando á sí á las almas de estas dos partes del horizonte, y en este equilibrio sereno y majestuoso, superior á la razón, que no la ha fundado y que no la puede destruir, dándole cuenta sin aceptar su yugo, ilustrándola y elevándola sin mudar su naturaleza, madre, hermana é hija de toda verdad, Dios y hombre á un tiempo mismo, impeliendo, en fin, con paso igual á las generaciones á su porvenir humano y á su porvenir eterno.

## SERMON VIGÉSIMO OCTAVO.

### De la religion producida en el alma por la doctrina católica.

Tenia que establecer, en último lugar, tres cosas: primera, que la religion es una pasión y una virtud de la humanidad; segunda, que fuera de la doctrina católica ninguna otra doctrina ha producido esta virtud de la religion; y tal ha sido el objeto de los dos Sermones que han precedido á este. Réstame establecer otro tercer punto, á saber, que la doctrina católica produce este comercio positivo y eficaz con Dios á que damos el nombre de religion, y mostrar por consiguiente que esta doctrina evita los dos escollos en que chocan todas las demás, la superstición y la incredulidad. Llegaré, pues, á ese término de mi pensamiento probándoos que la doctrina católica goza de una eficacia sobrehumana de costumbres y de una eficacia sobrehumana de razón, que es el fruto del comercio que ella establece entre Dios y el hombre.

No comienzo, Señores, sin experimentar en mi interior cierta tristeza. Es la última vez de este año que nos reunimos; y vuestra atención, vuestro zelo, la unanimidad de vuestro asentimiento me han consolado demasiado, para no ver con pesar la hora que nos va á separar. Pero, gracias á Dios, el tiempo pasa pronto, y llevándonos hácia la eternidad, nos reúne ya desde este mundo unos á otros. Yo os doy, pues, como si fuera para mañana, una nueva cita al pié de esta cátedra que habeis honrado tantas veces con vuestra asistencia, por espacio de diez años.

Fácil me es demostrar despues de todo lo que he dicho, que la doctrina católica goza de una eficacia sobrehumana de costumbres, en virtud del comercio que mantiene entre el hombre y Dios. Porque, ¿no he probado ya que la humildad, la castidad, la caridad del apostolado y la de la fraternidad son en el alma efectos exclusivos de la doctrina católica? Pues bien, ¿por qué virtud obra la doctrina católica esta transformacion sobrehumana del alma? ¿Es directamente? ¿Es simplemente porque nos ha dicho: Sed humildes, sed castos, sed apóstoles, sed hermanos? ¡Ah! Señores, todo el mundo nos dice

esto mas ó menos vivamente. No hay hombre embriagado de orgullo que no haya apelado á la humildad de los otros ; ni hombre degradado en la voluptuosidad que no haya apelado á la puerza de sus víctimas ; ni hombre que no haya apelado al apostolado para propagar sus pensamientos, y á la fraternidad para fundar su imperio. Pero el oído del hombre permanece cerrado á estas invitaciones del egoismo á estos sueños de la razon ; él los escucha sin oírlos, y los oye sin obedecerlos. La doctrina católica no hubiera hecho mas si no hubiera hablado al hombre mas que del hombre, si no le hubiese propuesto por móvil mas que su interés, su saber mismo y su dignidad. Para hacerle humilde, casto, apóstol, hermano, tomó su punto de apoyo fuera de él mismo : tomóle en Dios. En nombre de Dios, por la fuerza de las relaciones que ha creado entre él y nosotros, por la eficacia de sus dogmas, de su culto y de sus juramentos, cambia en nosotros ese cadáver rebelde á la virtud, le reanima, le resucita, lo purifica, lo transforma, lo reviste con la gloria del Tabor, y habiéndolo armado así de piés á cabeza, se arroja como un hombre nuevo en la confusion del mundo, débil aun por su naturaleza, pero fortificado por Dios, hácia quien asciende su incesante aspiracion. Así es, Señores, como se realiza en la doctrina católica el milagro de nuestra transfiguracion ; la humildad, la castidad, la caridad y todas las elevaciones interiores que resultan de ellas, no son mas que el efecto de una virtud mas alta que da movimiento á todo lo demás. Sin la religion, sin el comercio del alma con Dios, perece todo el edificio cristiano, y por consiguiente este comercio, que es su cúpula, es sobrehumanamente eficaz, pues que lleva al hombre mas alto que la humanidad.

Desde ahora, Señores, podria considerar mi tésis como terminada, y deducir firmemente que la doctrina católica goza de una eficacia de costumbres sobrehumana, que es el fruto del comercio que establece entre nosotros y Dios. Pero la humildad, la castidad, la caridad del apostolado y de la fraternidad, la obediencia, la penitencia, la pobreza voluntaria, todas estas virtudes de que he hablado no son mas que ramales de un rio único. Conduciéndoos á lo largo de su curso, he hecho como esos navegantes que exploran un país desconocido y suben al origen de sus rios, hasta que satisfechos de estos trabajos y de estos descubrimientos minuciosos, descienden en fin por la corriente ancha y grande que conduce al Océano.

Hay, pues, un rio donde van á parar todas esas virtudes esparcidas que he nombrado, y este rio es la santidad. No quiero decir la santidad comun, que consiste en la observancia de los manda-

mientos divinos, y en esa conformidad de nuestra vida con el Evangelio que basta para salvarse. Hablo de la gran santidad, de la que es reconocida y venerada desde aquí bajo, que tiene altares, y cuya magnífica historia se halla contenida en ese libro misterioso que llamamos la *Vida de los Santos*. ¡ La vida de los santos ! ¿ Habis pensado alguna vez, Señores, en este fenómeno de la vida de los santos ? Hemos oido hablar mucho de héroes y de sabios de la antigüedad ; leemos en Plutarco la vida de los hombres ilustres ; vemos á nuestro alrededor hombres de bien ; pero ¿ dónde descubrimos cosa alguna que se asemeje á los santos ? ¿ Dónde están los santos del bramismo, del politeismo, del islamismo, del protestantismo, del racionalismo ? Yo he buscado vanamente en estas doctrinas su nombre, su apariencia ó su ficcion. Tres siglos hace que se esfuerza el protestantismo en destruir la verdadera Iglesia y usurpar su carácter ; y ha contado entre los suyos gentes honradas y aun gentes piadosas, pero aun no ha osado escribir sus leyendas de santos. Respecto del racionalismo, ni aun debemos mentárselos ; se contenta con tener gentes de talento, y no aspira á que se diga jamás, por ejemplo, san Helvecio ó san Diderot.

¿ Qué son, pues, los santos, este nuevo privilegio nuestro ? ¿ Qué es la santidad ? La santidad, Señores, no es únicamente, como parecia insinuaba yo ahora mismo, el confluente de todas las virtudes cristianas en una misma alma ; porque esta no es mas que la santidad comun, la que es necesaria á todo cristiano para salvarse, y de la que no hablo aquí. No hay pues cristiano, cuando se halla en estado de union con Dios, en quien no se encuentren en un grado mas ó menos perfecto la humildad, la castidad y la caridad ; á estos cristianos les llamamos hombres piadosos, y aun podríamos, hablando latamente, llamarles santos ; pero en fin no es esto lo que entendemos por esta grande expresion : *los santos* ! Qué son pues los santos ? ¿ Qué es la santidad así entendida ?

La santidad es el amor de Dios y de los hombres, llevado hasta una sublime extravagancia. Y ya comprendéis muy bien que si realmente hay comunion de lo infinito con lo finito, si el corazon de Dios se forma una habitacion y una vida en el corazon del hombre, es imposible que, al menos en ciertas almas mas ardientes, no se desborde la presencia de un elemento tan prodigioso y no produzca efectos extraordinarios, que la debilidad de nuestra naturaleza y de nuestro lenguaje nos obliga á llamar extravagantes. Porque ¿ qué quiere decir esta palabra ? Quiere decir, lo

que sale de su centro, lo que es excéntrico, para emplear una expresión moderna, salvo que la palabra extravagante es una palabra mal formada, porque la una pinta la acción que la otra define geométricamente, y una palabra debe ser pintor y no geómetra. Por esto prefiero servirme de la primera, y en ello me quedo bien inferior á la energía de S. Pablo, que ha dicho, sin miramientos oratorios, *que no habiendo querido el mundo conocer á Dios por la sabiduría, quiso Dios salvarle con la locura de la predicación.* No osaré decir que la santidad es una locura, aun despues de S. Pablo, porque temeria que me imputaseis que voy demasiado lejos, y yo deseo mucho demostraros hoy que sé unir la prudencia de la serpiente á la simplicidad de la paloma, aunque, para no disimularos nada, yo soy enteramente del parecer de S. Francisco de Sales, cuando decia: « Mi querida Filotea, yo daria veinte serpientes por una paloma. »

Hay pues en la santidad un fenómeno de extravagancia, un amor de Dios y de los hombres que hiere el sentido humano. Pero este no puede ser, Señores, el carácter único de la santidad; la extravagancia sola no seria mas que la ridiculez, y la ridiculez no prueba nada en favor del hombre que la emplea en sus actos, á no ser que pruebe mucha vanidad, y algo de mala educacion. La extravagancia debe pues ser corregida en la santidad por otro elemento, y lo es, en efecto, por el sublime, es decir, por la belleza moral en su grado mas alto, por esa belleza que causa el arrobamiento del sentido humano, de suerte que hay á un mismo tiempo en la santidad algo que hiere ó afecta el sentido humano y algo que le arrebatá, algo que produce el estupor y algo que produce la admiracion. Y estas dos cosas no están separadas en ella, á la manera que dos rios que corren el uno junto al otro; sino que mezclados y confundidos uno en otro lo extravagante y lo sublime, lo que hiere el sentido humano y lo que lo arrebatá, no hacen de la santidad mas que un solo tejido en que es imposible al espíritu de análisis mas vivo, en el momento en que ve obrar al santo, distinguir lo extravagante de lo sublime, y lo sublime de lo extravagante, lo que derriba al hombre en tierra de lo que le eleva hasta Dios. Hé aquí la santidad.

Os citaré un ejemplo para que me comprendais mejor.

Santa Isabel de Hungría habiendo abandonado el palacio de sus padres y el de su esposo, se confinó á un hospital para servir en él con sus manos á los pobres de Dios. Presentóse un leproso. Santa Isabel le recibió, y se puso á lavar sus horribles llagas. Luego que hubo concluido, tomó el vaso en que habia exprimido lo que la pa-

labra humana no puede expresar, y se lo bebió de un sorbo. Hé aquí, Señores, un hecho enteramente extravagante. Pero observad en primer lugar una cosa que no podeis despreciar: la fuerza. La fuerza, Señores, es la virtud que forma los héroes, es la raiz mas vigorosa del sublime, al mismo tiempo que la mas rara. Nada falta tanto al hombre como la fuerza, y nada atrae mas su respeto. Vosotros no sois seres malos, pero sois seres débiles; y por esto el ejemplo de la fuerza es el mas saludable que se os pueda dar, como tambien uno de los que mas atraen vuestra admiracion. Santa Isabel, bebiéndose el agua del leproso, hizo pues un grande acto, porque hizo un acto fuerte. Pero habia en este acto otra cosa mas que la fuerza, habia la caridad. En la santidad, siendo el amor de Dios inseparable del de los hombres, pues que no es otra cosa que el exceso de este doble amor, se sigue, que en todo acto de los santos, allí donde se encuentra el sacrificio por Dios, este sacrificio refleja inevitablemente sobre el hombre. ¿ Y cuál era el beneficio del hombre en la acción de santa Isabel? ¿Cuál será? ¿Me lo preguntais vosotros? Santa Isabel hacia á este pobre abandonado, á este objeto de unánime repulsion, aun en medio de los siglos de fe, le hacia una inexplicable revelacion de su grandeza; ella le decia: « Querido hermanito del buen Dios, si despues de haber lavado tus llagas, te tomase en mis brazos para demostrarte que eres mi hermano real en Jesucristo, seria esto ya una muestra de amor y de fraternidad, pero una muestra comun cuyo beneficio no haria mas que restituirte, á tí que has estado privado de él desde tu infancia, á tí que jamás has sentido apoyarse en tu pecho el pecho de un alma viviente; pero, querido hermanito, yo quiero hacer por tí lo que no se ha hecho por ningun rey del mundo, por ningun hombre amado y adorado. Yo beberé lo que ha salido de tí; lo que no está ya en tí; lo que no ha estado en tí sino para ser transformado en podredumbre por su contacto con tu miseria; yo me lo beberé como bebo la sangre del Salvador en el santo cáliz de nuestros altares. » He aquí lo sublime, Señores, ¡y desgraciado quien no lo entienda! Gracias á santa Isabel, se sabrá por toda la eternidad que un leproso obtuvo de una hija de reyes mas amor que conquistó jamás la belleza en la tierra.

Despues de esto, concederemos que un hombre de ingenio trate de extragante esta acción; nosotros mismos lo hemos dicho, y estamos persuadidos de que es mucho mas natural beber con sus amigos vino de Burdeos. Pero probablemente morirá un dia este hombre de ingenio; tal vez apenas le sobrevivan sus escritos; se olvidarán sus

alegrías y sus dolores : al paso que los reyes y los pobres se disputarán las vestiduras y la memoria de santa Isabel ; se apreciará un poco de su carne mas que todos los tesoros ; se engastarán sus restos en oro y pedrerías ; se convocará á los artistas mas famosos del mundo para hacerle una habitacion mortuoria digna de su vida ; y de siglo en siglo, príncipes, sabios, poetas, mendigos, leprosos, peregrinos de todas clases se agruparán en su sepulcro y dejarán en él, con el frágil contacto de sus labios, eternas señales de amor. Hablanránle como á un sér vivo, y le dirán : « Querida hermanita del buen Dios, tú tenias palacios, y los abandonaste por nosotros ; tenias hijos, y nos tomaste á nosotros por ellos ; eras gran señora, y te has hecho nuestra sierva ; has amado á los pobres, á los pequeños, á los miserables ; has puesto tu alegría en el corazon de los que no la tenian : y ahora te volvemos la gloria que nos has dado, te restituimos el amor que perdiste por nosotros. ¡ Oh querida hermana ! ruega por tus amigos que no habian nacido cuando entraste en el mundo, y que han venido despues ! »

Así son todas las extravagancias de los santos. Todas son útiles á la humanidad, al menos por medio del ejemplo. Si ayuna el santo, la humanidad ayuna tambien ; si se condena á absurdas abstinencias, una parte de la humanidad está tambien hambrienta hasta el absurdo ; si tortura su cuerpo con invenciones extrañas, tambien hay en vuestras prisiones, en vuestros presidios, en vuestras colonias, cuerpos humanos torturados con crueles invenciones. Si el santo, en una palabra, se impone voluntariamente el sufrimiento, ¡ ay ! ¿ quién es el que no sufre en la tierra, y quién no necesita aprender que Dios ha ocultado en el sufrimiento mismo un bálsamo reparador y misterioso ? Es tan vano servicio para el género humano revelarle todos sus recursos contra la desgracia, y probarle con extrañas acciones, si se quiere, que cualquiera que sea su suerte, cualquiera el deshonor con que se le manche, cualesquiera que sean las prisiones que se le abran, no hay ningun suplicio, ninguna vergüenza, ninguna abyeccion que no puedan ser transfiguradas por la idea de Dios, y llegar á ser un trono en que todo hombre vaya á venerar y á orar.

Esta vida de los santos, Señores, no es un raro fenómeno reservado á un tiempo ó á un país ; es un fenómeno general y constante. Por do quiera que echa raices la doctrina católica, y aun allí donde solo se ha echado como un grano entre rocas, germina la santidad y se manifiesta en algunas almas con frutos que desafían la estima-

cion y el desprecio de la razon. Esta extravagancia sublime data de una locura mas alta aun y mas variable, de la locura de un Dios muriendo en una cruz, coronada la cabeza de espinas, traspasados los piés y las manos, y todo el cuerpo estropeado. Desde aquel dia no ha cesado ese contagio de elegir víctimas en el universo ; pero, por una preferencia singular y zelosa, no las elige sino en el seno de la Iglesia católica, apostólica, romana. A nosotros solos nos ha quedado la herencia de la cruz, la tradicion viva del martirio voluntario, la dignidad de la extravagancia y la gloria del sublime. Y aunque no todos bebemos grandes sorbos de este vino generoso, todos mojamos en él nuestros labios, llevando á la vida algo de su divino envenenamiento. Nadie se engaña, todo el mundo nos reconoce en esta señal, la cruz jamás ha sufrido imitacion ni falsificacion.

Si señores, el mundo no-calla, ni trata de arrebatar nos este privilegio ; trata solamente de hacer contra nosotros una razon y un instrumento de opresion. ¿ Qué dice hoy, cuando reclamamos para todas nuestras obras el derecho comun ? ¿ Qué armas nos opone ? No nos disputa el derecho, no niega que esté escrita la libertad en la naturaleza y en la Constitucion del país. Pero nos dice : No podemos luchar con vosotros en virtudes y sacrificios ; teneis en vuestra esencia increíbles recursos cuyo secreto no poseemos, y por consiguiente, no existiendo igualdad entre vosotros y nosotros, se os debe negar la libertad como una compensacion en nuestro favor. Es preciso encadenaros para establecer el equilibrio de las fuerzas humanas, y aun estando vuestras manos sujetas al hierro, no estamos seguros de que no sean mas largas que las nuestras. Tal es, Señores, ya lo sabeis, el lenguaje presente del mundo, ¿ y á quién otro le dirige sino á nosotros ? ¿ Quién otro puede vanagloriarse de una servidumbre que tiene por justificacion la grandeza misma de la virtud ? El mundo tiene razon : nosotros somos los hijos únicos de Cristo. Así como le clavaron á Cristo los piés y las manos para impedirle que salvase al mundo, es justo que se ate á la cruz á su verdadera posteridad. Y aun no es esto todo. Sea lo que quiera lo que suceda en este tiempo transitorio en que vivimos, no creais que la persecucion de la incredulidad contra la fe se detenga en lo que se ha visto y en lo que se ha hecho hasta aquí. Así como está en la naturaleza de las cosas y en el movimiento general del mundo que todos los principios que se contienen en él se extienden en adelante á velas desplegadas, así se manifestará cada día mas la desigualdad de costumbres entre la Iglesia y lo que no es ella, y la supre-